

NACIMIENTO EN LAS CORTES

La danza es tan antigua como el hombre mismo. Desde los tiempos más remotos el hombre bailó para liberar sus energías, para exteriorizar sus estados de ánimo y para relacionarse mágicamente con los elementos de la naturaleza. En las grandes civilizaciones: Egipto, India, Grecia, Roma, fue diferenciándose la danza popular, espontánea, de aquella ritual vigilada por la clase sacerdotal y de sus manifestaciones más refinadas, reservadas para el disfrute de los poderosos. Surgieron las danzas escénicas y con ellas bailarines profesionales entrenados para dominar sus códigos. Los coros de las tragedias griegas, que declamaban y danzaban a la vez, así como los mimos de los espectáculos romanos, fueron buenas muestras de esta novedad.

Sin embargo, el ballet es un producto del Renacimiento europeo más bien tardío. En el siglo XVI las cortes de Italia y Francia disfrutaban con la organización de grandes fiestas donde el baile tiene un papel preponderante, pues permite exhibir la elegancia de los asistentes, ordenados según su jerarquía, facilita el cortejo amoroso y va convirtiéndose en un placer donde se unen la música, los pasos ordenados y los trajes de diseño fantástico. Los soberanos llegan a emular en el esplendor de estas celebraciones.

La historia ha querido conservar la memoria de lo que pudiera considerarse el primer ballet conocido. El 15 de octubre de 1581, en el palacio Petit Bourbon de París, la reina de Francia, Catalina de Médicis, ordenó celebrar un espectáculo para saludar las bodas del duque de Joyeuse con Margarita de Lorena. Contrató a un maestro de danza, italiano como ella, llamado Baldassarino de Belgioso y este colaboró

con el poeta La Chesnay, con los compositores Beaulieu y Salomon, mientras que Jacques Patin realizaba los decorados. Así se concibió el *Ballet comique de la Reine*.

El término *comique* no significa que el espectáculo fuera humorístico, sino que en vez de ser una sencilla sucesión de danzas de moda, tenía un argumento. Era una representación dramática que partía del mito griego de la maga Circe, tomado de *La Odisea* de Homero. En él alternaba la declamación de versos con la interpretación de danzas por bailarines entrenados. Un hecho llamativo es que, aunque los reyes presenciaban el espectáculo desde sus tronos colocados en un estrado frente a los actores, el público admitido – que con cierta exageración aseguran los historiadores que llegaba a nueve mil personas- debía mirarlo desde las galerías altas, porque el director del espectáculo consideraba que lo más importante era que pudieran apreciar cómo los conjuntos de danzarines formaban en sus evoluciones muy precisas figuras geométricas al son de diez orquestas que tocaban al unísono. Los espectadores quedaron maravillados al ver a algunos personajes desfilan sobre un arcoíris dorado. No solo fue un triunfo político para la reina Catalina, sino que el gusto por los ballets comenzó a arraigar en Francia.

Tanto gustó a la corte gala esta nueva manera de espectáculo que se dice que la construcción en 1636 del Palais Cardinal respondía al propósito de tener un espacio adecuado para los ballets. Mientras tanto, aunque los cortesanos seguían formando parte de las representaciones, como eran una masa difícil de disciplinar, los coreógrafos fueron introduciendo bailarines profesionales que desempeñaban los roles principales.



Ballet Comique de la Reine, 1581, grabado. Colección Roberto Méndez.

En 1643 ocupó el trono de Francia, Luis XIV. En el Palacio de Versalles, edificado para mostrar el esplendor excepcional de la realeza, colaboraron el músico Jean Baptiste Lully, los dramaturgos Corneille, Racine y Quinault y el maestro de danza Beauchamps, en la creación de un género nuevo: la ópera – ballet, donde se mezclaban pasajes orquestales con otros cantados o bailados, guiados por un tema derivado de la mitología grecolatina, como sucede en *Las fiestas de Amor y Baco* (1669). En otras ocasiones se prefería la comedia – ballet de tema satírico y ligero, para la que se contaba con la colaboración entre Lully y Molière, que produjo un título duradero: *El burgués gentilhombre* (1670).

En este momento el ballet ya no se contemplaba desde galerías altas, sino de frente al escenario y eso obligó a cam-

bios técnicos, pues si los bailarines sencillamente se deslizaran sobre el piso con los pesados trajes de gusto barroco, los espectadores apenas verían una masa informe, fue preciso hacer saltar o girar a los solistas para producir un efecto más animado y esto, a su vez, requirió simplificar el vestuario, hacerlo más funcional.

El maestro Beauchamps tuvo el mérito de fundar la escuela francesa de ballet, gracias a él cada paso tiene un nombre técnico en francés. También le correspondió regular el movimiento para que siguiera cada compás de la música, así como hacer alternar números lentos y rápidos –adagios y allegros- para dar más variedad al espectáculo y creó el *pas d'expression*, danza de carácter dramático que trasmite ciertos sentimientos sin necesidad de palabras.

Ya a fines del siglo XVII los cortesanos son cada vez más espectadores que participantes y dominan la escena figuras profesionales. Comienza la celebridad de algunas bailarinas como Mademoiselle La Fontaine, seguida por otras como la Subligny, la Guiot y la Prévost. En la misma medida en que ellas deslumbran con su arte y su técnica se complica, se va haciendo necesario modificar los vestuarios: se despojan de las máscaras para poder mostrar los sentimientos de sus personajes, las faldas se acortan y ahuecan para ir mostrando las piernas en los saltos y giros y el calzado va rebajando el tacón para facilitar la ligereza de los pasos. Comienza además el culto a las primeras figuras, el público mima a su estrella favorita y se desatan verdaderas conjuras entre los fanáticos de los diferentes bandos.



Luis XIV como El Sol en el ballet *La Noche*, grabado. Colección Roberto Méndez.